

to había querido y que ya no eran; y no volvió á sonreír, ni buscó medio de aliviar su pesadumbre. Entregóse á ella sin reserva, porque, como Raquel, no quería ser consolada. Su ilusión única fué desde entonces salir de este mundo de llanto y de tristeza. Vivió contemplando, acariciando y besando las dulces prendas que pertenecieron á aquellos seres inolvidables, y en constante coloquio con sus espíritus. No le separaba de ellos más que la gastada envoltura que la envolvía; pero con placer la vió irse debilitando diariamente, hasta que su alma inmortal pudo sacudirla y tender las alas por el espacio.

Murió Pía abrazada á un Crucifijo, con los labios pegados á sus pies benditos y taladrados por crueles clavos. Aun no se desprendía de la tierra su espíritu, cuando una gran explosión de luz brilló ante sus ojos. Suaves fragancias llegaron hasta ella, y el aire resonó con acentos de inefable música. Y sonrió tendiendo las manos hacia arriba, y murmuró con inmenso júbilo:

—¡Alvaro, Julio, Elena!

Y cerró los ojos para siempre.

LUZ DE RAYO.

A SALVADOR DIAZ MIRON.



I

Vió con claridad de repente, y tuvo conciencia de sí mismo: le pareció que se había roto un velo que le nublabá los objetos, y se dió cuenta de cuanto le rodeaba.

Se hallaba en un patio cuadrilongo, angosto y de elevados muros. En la línea central que formaba el eje del rectángulo, había cuatro árboles, y un farol sobre sostén de hierro, que marcaba el punto céntrico de aquella extensión. El pavimento estaba formado por tierra pisoneada, suelta á trechos, y las paredes, en parte de piedra y en parte de adobe, carecían de jaharro. Varias puertas sin batientes de madera, perforaban la parte baja de los muros, dándoles un aspecto ruinoso; y en lo alto se abrían algunas ventanillas de di-

versas dimensiones, distribuídas sin plan fijo, y como al acaso, en chocante desorden.

La luz vacilante del crepúsculo vespertino descendía melancólica y fúnebre en aquella hondura, tiñendo los objetos de matices mortecinos y lánguidos. Ráfagas arremolinadas subían al espacio arrastrando en sus espirales espesas capas de polvo, hojas secas y basura. Los árboles sacudían su ramaje polvoriento, haciendo un ruido sordo y plañidero.

El cuadro no podía ser más triste.

Había otros desgraciados, que, como él, se encontraban en aquel mismo sitio; al examinarlos con mirada curiosa, vió un singular espectáculo. Uno de los circunstantes, enteramente encorvado, hasta formar ángulo agudo con la cintura, se ocupaba en levantar y poner en el hueco de la mano las basurillas que miraba en torno, y soplabá el suelo con toda la fuerza de sus pulmones para dejarle bien limpio. Otro daba vueltas en derredor del árbol más corpulento, sin interrumpir un punto la rotación; y se colegía que lo hacía así desde largo tiempo atrás, porque había trazado con sus pasos un surco en aquella dirección circular. Otro, de espaldas contra el muro, tenía los brazos caídos, inclinada la cabeza sobre el pecho y colgante la enmarañada y sucia melena; y parecía sumido en prolongada y dolorosa absor-

ción. Otro, trepado en lo alto de una gran piedra, gesticulaba y gritaba pronunciando discursos incoherentes. Y por todas partes bullían extrañas criaturas lívidas, aulladoras, cubiertas de andrajos, extrañada la mirada, crecidas las uñas de pies y manos, horriblemente regocijadas ó desgarradoramente tristes; estrepitosas como una catarata, ó silenciosas como la muerte. Quién llevaba en la cabellera sucios pingajos y plumas de pavo prendidas en las enmarañadas guedejas; quién, simulando manto ostentoso, mostraba sobre los hombros una colcha vieja, de colores marchitos; quién, remangado el pantalón para mostrar los míseros zancajos y blandiendo en la débil mano un mango de escoba, procuraba tomar fieras y heroicas actitudes.

Y todo en torno era un guirigay espantoso, una Babel de gritos, cantos, interjecciones, carcajadas, maldiciones, llantos y gruñidos.

Nuestro hombre se asombró de hallarse en medio de aquel escenario, y trató de explicarse á sí mismo tan extraordinario suceso. Días hacía que le había parecido notar todo aquello de una manera indecisa y como á través de una espesa niebla; poco á poco habían ido delineándose con mayor precisión los objetos; y aquella tarde, de súbito, había sentido como si le hubiesen quitado una venda de los ojos.

¿Quién era él?... Lo recordaba: era Benito Figueroa, dependiente de una tienda de ultramarinos. Joven, honrado, trabajador y lleno de fe, tenía idea de haber confiado en el triunfo, y de haber esperado hacer una fortuna....

De pronto sintió una grande emoción y le vino á los labios un nombre.... ¡El de Aurelia! ¡Qué hermosa era y cuánto la amaba! ¡Y ella también le quería, vaya que sí! Pruebas le había dado; todas las que él le había pedido. Pero.... ¿no se había casado con ella?.... Sí, no había duda.... ¿Cuándo?.... El 4 de febrero de 1896, ¡fecha inolvidable! Por cierto que estaba hermosísima aquel día, ciñendo el blanco traje de boda, coronada de azahares, y envuelta en aquel velo enorme, que parecía una nube casta y tenue en la que casi se perdía. ¡Cómo se había extasiado contemplando sus ojos negros de rizadas pestañas, á través de la malla fina y vaporosa; sus mejillas redondas y sonrosadas, como de niño sano y robusto; sus labios carmesíes, y los deliciosos hoyuelos que se dibujaban á uno y otro lado de su boca! Al verla de aquel modo ataviada, esbelta, majestuosa, revelando las artísticas líneas de su talle á través del corpiño, habíase sentido tan trastornado por la emoción, que había tenido miedo de perder el juicio, porque la dicha es tan terrible como la desgracia.

Miraba con extraordinaria precisión de detalles el altar, el sacerdote, los elegantes cojines en que se habían arrodillado, y hasta el monaguillo pizpireta que había sonado la campana á la hora del "Sanctus," y no los había perdido de vista ni á él ni á Aurelia durante toda la misa.

Pero, ¿después?... ¿Qué había pasado después?... No lo recordaba. Por más que buscaba en los rincones de la memoria, no hallaba las imágenes subsecuentes, ni podía reconstituir el cuadro que había seguido á aquellas escenas. Todo se volvía confusiones.... Era evidente que, al terminar la ceremonia, se había despeñado en un abismo obscuro y silenciosa.... ¡Oh Dios!.... Al hacerse esta confesión, volvió instintivamente los ojos sobre su persona, y se halló vestido con blusa y pantalón raídos, de dril burdo y azul, y punto menos que descalzo; palpóse la cabeza y se tocó una cabellera enorme, terrosa y endurecida por el desaseo; miróse las manos y las vió sucias, con uñas crecidas y negras.

Tuvo una idea horrible. ¿Estaría loco?... Angustiosamente analizó su estado, pasando en febril revista cosas y objetos, y haciéndose á sí mismo intrincadas y sutiles interrogaciones; y acabó por convencerse de que no lo estaba ahora... Pero, ¿lo habría estado antes?... Frío sudor le brotó de la frente al vislum-

brar que tal vez sí; y sintió que el corazón se le oprimía, y que le daban ganas de llorar... Sí, aquella obscuridad, aquella inconsciencia, aquella falta de recuerdos, aquel traje, aquel abandono, aquel horrible mundo que le rodeaba, todo eso clamaba su reciente locura.

¿Cuánto tiempo había estado demente?... ¿Habría sido por espacio de días, de meses ó de años?... Aquella incertidumbre le sumió en una meditación dolorosa... ¿Qué habría sido de Aurelia?... ¿Viviría?... ¿Moriría?... ¿Cómo habría pasado tan horrible período de abandono y de soledad?... ¿Qué sombra la habría cobijado?... Sentía honda amargura al pensar en sus lágrimas, en su desolación, en su infortunio, y se echaba en cara sus penas, como si voluntariamente se las hubiera causado... Enternecido con tales pensamientos, dejó caer la cabeza entre las manos, y se echó á llorar á lágrima viva.

II

En aquellos momentos penetró en el patio el médico del hospital acompañado de varios practicantes.

Era el doctor un hombre de mediana edad; llevaba espejuelos y tenía fisono-

mía inteligente y sonrisa benévola. Al columbrar al joven, se dirigió á él en derecha y le dijo:

—¡Hola!, Maximiliano, ¿por qué estás triste?

—¿Me hablaba usted, señor?, repuso el asilado con gravedad.

—Sí... ¿No eres el emperador Maximiliano de Austria?

—No, señor, contestó levantando el rostro inundado de lágrimas.

Su mirada era inteligente, suave y llena de congoja. El llanto que humedecía sus mejillas, resbalaba por su barba revuelta y castaña, brillando vivamente con los reflejos pálidos de la tarde.

El doctor le examinó con vivo interés, y siguió interrogándole:

—¿Pues qué, no estás encerrado en Querétaro?

—No, señor.

—¿No es éste el ejército que sostiene la plaza?; y señaló con la mirada y con la mano á los enajenados.

—No, señor. Yo soy Benito Figueroa. he estado loco, y los desgraciados que me rodean son locos también.

El doctor, sin asombro, le hizo todavía otras preguntas, y volviéndose á los practicantes, les dijo:

—Ha sucedido lo que esperábamos. Hace varios días que se venía acentuando la crisis.

Y luego, volviéndose al convaleciente:
—Perfectamente, continuó; felicito á usted, don Benito, y espero en Dios que su salud seguirá progresando.

—Por todos los santos del cielo, señor, exclamó Benito; hágame usted salir de aquí, porque no puedo soportar el cuadro que me rodea, y si continuó en medio de esta pobre gente, perderé de nuevo la razón.

—Verémos, articuló gravemente el doctor; prometo á usted que se hará lo que mejor le convenga.

—¿Cuándo podré volver á mi casa?, interrogó el ex-loco.

—Dentro de algunos días; no muy tarde.

Y se alejó el doctor, seguido por los practicantes.

.....
Aquella misma noche salió Benito del departamento de enajenados, y quedó instalado en el de los empleados del hospital.

Fué su primer cuidado al siguiente día, bañarse, afeitarse y vestirse decentemente. Cuantos le vieron después, quedaron admirados. El equilibrio de la razón y la conciencia de sí mismo que brillaban en su mirada; la tranquilidad y armonía de sus facciones, y la finura y la moderación de su lenguaje y maneras, habíanle transformado á tal punto, que parecía otro hombre; y hasta los habituados á tratarle hallábanle inconocible.

Preguntaba Benito diariamente á cuantos se le acercaban lo que más le importaba saber, y así fué conociendo poco á poco la triste historia de su desdicha. Eran los últimos días de enero de 1899; por consiguiente, había estado loco tres años. A la salida del templo, después de su enlace con Aurelia, habían aparecido los primeros síntomas de la enfermedad: se tituló Maximiliano de Austria, y ordenó al cochero á voz en cuello, que le condujese al Palacio Nacional. Rápidamente llegó su extravío á una exaltación aguda. El médico, urgentemente consultado, ordenó que se le aislase, pronosticando un acceso furioso. Y vino éste en efecto, sostenido y terrible, hasta el punto de ser preciso ponerle la camisa de fuerza y pensar en el manicomio, porque la vista de la esposa y de los amigos daba extraño y espantoso pábulo á sus arranques frenéticos.

Guardáronse bien los informantes de decirle que el dolor de Aurelia, grande y sincero los primeros días, fué atenuándose paulatinamente; que sus visitas al hospital fueron asiduas únicamente medio año; y que, una vez diagnosticada una locura incurable, cesó de ocuparse de él en lo absoluto. No le dijeron tampoco que los recursos venidos de su casa para que se le diese un tratamiento especial, habían ido menguando poco á poco, y que al fin

habían faltado del todo; por lo que él, Figueroa, en tal desamparo, había caído en la sima común de los insolventes, como una gota de agua en el océano.

—¿Y Aurelia?, preguntaba ansioso á sus interlocutores. ¿Qué noticias hay de mi esposa?... ¿Vive?... ¿Muere?... ¿Por qué no viene á verme?

Los interpelados mirábanle con compasivos ojos y contestaban de un modo evasivo. Aurelia vivía, gozaba de salud, y debía tener causa justa para no haberle visitado; pero ellos no estaban bien informados del caso.

Entretanto, ardía el esposo en deseos de volar á su hogar, de ver á su mujer, de estrecharla en sus brazos, de darle la feliz nueva de su restablecimiento, y de hacerla dichosa, muy dichosa. Le debía una indemnización muy larga por las penas que la había hecho sufrir. ¡Pobrecilla! Pero, Dios mediante, había de hacerla olvidar tantas congojas, á fuerza de rendimiento y de finezas.

Mas siempre que suplicaba al doctor le diese su alta para salir del establecimiento, recibía la misma respuesta:

—¿Qué prisa le corre á usted, don Benito? En ninguna parte estará usted mejor que aquí.

—¡Cómo, señor!, respondía él; ¿y mi mujer?

—No piense usted en eso; tiempo sobrá para ello.

Y al pronunciar esas palabras, mirábase el doctor con ojos que le parecían de piedad, y él se quedaba conjeturando lo que podía significar todo aquello.

Sin embargo, poco á poco había ido ganando la confianza y la estimación de los habitantes del hospital, y así lograba ir y venir por todas partes sin que nadie se lo estorbase.

Valido de esta franquicia, y después de varios días de espera impaciente, una mañana, á la hora en que los doctores hacían la visita habitual á los salones, fué deslizando de patio en patio con el mayor sigilo. Al llegar al portal, temió ser detenido por la guardia; pero los soldados no le conocían, y el portero estaba ocupado dentro de su cuarto. Aprovechó la coyuntura, cogió el primer sombrero que halló en el perchero de entrada, y salió á la calle paso á paso. Nadie lo echó de ver, y se fué alejando sin prisa hasta la esquina para no despertar sospechas; pero tan luego como la dobló, echó á andar con paso precipitado.

III

Cuando llegó á la puerta de su antigua casa, creyó que iba á salirse el corazón por la boca: tan ansioso así estaba. Sentía un nudo en la garganta y le cegaban las lágrimas. Por fin, iba á ver á Aurelia. ¡Qué

dicha, oh Dios! La hallaría más hermosa que nunca, como que, á la cuenta, debía tener ahora veintiún años, edad en que alcanzan las mujeres la plenitud de su belleza. Se asombraría al verle, porque ignoraba su restablecimiento; pero pronto le pasaría el susto. Y lloraría de placer al convencerse de que estaba sano, enteramente sano, debido á la misericordia de Dios; y le recibiría con regocijo delirante, y le colmaría de caricias—de aquellas caricias de que se sentía ávido, y que no había gozado todavía.

Empujó la puerta suavemente: estaba abierta. Hubiera debido sonar el aldabón para anunciarse; pero ni aun siquiera lo pensó, ni se le pasó por las mientes que Aurelia pudiese estar enferma, y que la emoción pudiese hacerle daño. No se hallaba en estado de raciocinar ni de obrar con prudencia.

Entró andando de puntillas y sin hacer ruido, y se halló en el patio lleno de macetas y de pájaros, que tres años antes había preparado para ella con tanto esmero y cariño.

Y quiso la fatalidad que no hubiese ningún criado por aquellos sitios; así es que pudo continuar hasta la alcoba de Aurelia sin ser sentido....

Al pisar el umbral, oyó la voz de su esposa... Cantaba bajito... como si arrullase el sueño de un niño.... Algo descon-

certado, vaciló un poco; pero pronto tomó su partido, y penetró rápidamente en la habitación.

¡Y vió con ojos de idiota.... á Aurelia con un niño en los brazos, amamantándole tiernamente, arrullándole y cantándole para que se durmiese!

Al ruido que hizo, levantó Aurelia los ojos y le vió con espanto. Un espectro no le hubiese causado terror más grande; huyó la sangre de su rostro, y pareció que los ojos iban á salirsele de las órbitas.

Pero mayor que su trastorno fué el del esposo: tomó el aspecto de un agonizante, púsose color de cera, afiláronsele instantáneamente las facciones, y sombras terrosas dieron á su fisonomía un aspecto siniestro.

Vió en un punto con los ojos de la imaginación todo cuanto había pasado: la soledad de Aurelia, su juventud y su belleza; las asechanzas del mundo, la seducción y la caída; el menosprecio al pobre demente; la confianza que engendrabá una enfermedad juzgada incurable; la traición horrible; la cobardía de la agresión; la fantaseada impunidad del atentado; el idilio criminal de los culpables; la dicha infame que se había elevado sobre su bartolina y se había mofado de su locura. Y cuadros espantosos de infidelidad, placeres, carcajadas y vil escarnio, surcaron por su cerebro en sucesión febril é

instantánea, como eléctricas fulguraciones de tinte fatídico. Y aquel desengaño súbito, mezclado de dolor, rabia, celos, llanto, sorpresa y desesperación, semejante á un mar tempestuoso de encrespadas olas que batiase sus orillas, rugió en su débil cerebro apenas convaleciente, como el fuego de cien ametralladoras sobre un delgado muro acabado de construir.

Entretanto, trataba la madre de ocultar al niño echando mano de la falda; y con voz espantada:

—¡Benito!, gemía.

El mísero Figueroa intentó hablar, pero no pudo; en vez de voz, salióle un gemido por la garganta. Extendió las manos y las adelantó hacia su mujer, apuntó al niño con ellas, y luego las juntó con estrépito, en mímica dolorosa y patética.

—¿Ese niño?, articuló sin saber lo que decía.

—De una amiga, murmuró Aurelia.

—¿Y le amamantas?

—¡Tuyo!, replicó la infeliz fuera de sí.

Al oír aquellas palabras, un resplandor tremendo brilló en los ojos de Figueroa; y Aurelia, aterrada, se retiró al fondo de la alcoba gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Benito se pasó la mano por la frente cubierta de sudor, y recobró la fisonomía del antiguo asilado del hospital. Alargáronse y se dibujaron hacia abajo las comi-

suras de su boca, y en sus labios lívidos apareció espuma sangrienta.

—¡Silencio, emperatriz!, clamó. ¡No me delates! ¡Estoy rodeado de enemigos! Me buscan para matarme. Si gritas, me arrastrarán al patíbulo.

Más y más sobresaltada la joven al ver la mutación de su rostro, gritaba con mayor fuerza.

—¡Calla, te digo!, repetía Benito.

—¡Socorro! ¡Socorro!, suplicaba ella.

—¡Calla! ¡Calla!, seguía rugiendo él.

Y trémulo, y con los ojos inyectados, avanzó hacia el rincón donde se refugiaba su esposa. En vano quiso ésta huir y escapar de sus manos: fué una caza horrible. Giraba Aurelia en torno de las mesas, derribaba las sillas y se agitaba por la estancia como ave espantada dentro de la jaula; y por todas parte le salía al paso Figueroa, arrancándole los cabellos y haciéndole girones el traje. Acabó por no gritar la atribulada mujer; no tenía fuerzas ni para eso, y las piernas, paralizadas por el terror, se negaban á obedecerla.

.....
No fué largo el torneo; al fin pudo asirla Figueroa, y la sujetó con garra de hierro.

Y la derribó en tierra, y poniéndole la rodilla sobre el pecho, cogióle la garganta con entrambas manos, y se la oprimió con violencia furiosa, semejante á un león devorando á un cordero.

Aún quiso gritar la infeliz; pero sólo arrojó gemidos sofocados, y éstos mismos fuéronse debilitando instante por instante. A poco se convirtieron en soplo estertoroso, y acabó por cesar todo ruido.

Quedó inmóvil la joven, asida de los puños de su esposo, abierta la boca, con los ojos despavoridos, amoratado el semblante, y agrandadas en círculo las ventanillas de la nariz.



SOR MARIA MARGARITA.

{AL SR. LIC. DON VICTORIANO AGÜEROS.